

ORACION POR LA PAZ

Ofrecemos la oración pronunciada por *Don Adolfo González-Montes*, en la Jornada Mundial de Oración por la Paz, promovida por Su Santidad el Papa Juan Pablo II junto con los líderes de todas las religiones de la Tierra. Pronunciada en un oficio litúrgico ecuménico, en el marco de la Universidad Pontificia de Salamanca, la plegaria expresa la convicción de fe de que la paz está en las manos de Dios y es obra al tiempo de la conversión, fruto de la gracia. La ausencia de paz es expresión de la dolorosa verdad del pecado y argumento de la fe en la misericordia de Dios, recuerdo motivado de la terrible realidad de la irreconciliación entre los hombres, de la cual es también expresión la falta de unidad entre las Iglesias cristianas.

«¿Hasta cuándo, Señor, seguirás olvidándome?, ¿hasta cuándo, Señor, va a triunfar mi enemigo?» (Sal 12, 2.3). Mis palabras son hoy las mismas que las del salmista, Señor; las que tu Santo Espíritu ha querido poner en nuestros labios, dándonos así (¡he aquí la paradoja!) pruebas evidentes de tu amor: porque Tú, Señor, estás con tus justos acosados y perseguidos. Sólo aparentemente triunfan los malvados, los violentos, los que confían en su propia fuerza, diciendo: ¿quién será nuestro amo? Tú los precipitas en la ruina y se los devora la nada con la muerte que ellos sembraron.

Es el convencimiento de la fe, la lógica de la creencia y el poder de su argumento! Si tu Hijo no hubiera resucitado seríamos los más desgraciados de los hombres. Tú, empero, Señor, lo has

arrancado a las garras del seol y lo has exaltado ante el mundo como tu victoria definitiva. Déjanos por ello, Señor, ver el poder de tu Cristo confundiendo la mente y el corazón de los homicidas. Destruye los proyectos de guerra y agresión sobre la vida indefensa de tus siervos.

¡Que sepan, como nosotros lo sabemos, que no hay Dios fuera de Ti! Restaura, Señor a tu pueblo y dale tu heredad como antiguamente.

Pero Tú quieres que crezcan juntos el trigo y la cizaña: que el campo se madure para la siega y que, verdes alfombrados primero, los trigos se doren y se sequen salpicados de amapolas y estallidos de martirio que no arrullará el molino de tu gracia, que acompasa en el dolor el pan de la fe del que vivimos.

¡Danos la fe, Señor! Haz que creamos en la Palabra de la vida y a ella nos adheramos sin hendidura ni vacío. Ella es el principio de la PAZ que anhelamos; porque en la fe es ya victoria sobre la violencia y derribo primero del muro que separa a los pueblos. Necesitamos la fe para quebrar todas las fronteras que separan a los hombres en ricos y pobres, poderosos y oprimidos indigentes; las fronteras que pasan por su piel y su cultura, su mente y sus querencias más propias.

Si los cimientos se conmueven, ¿qué podrá hacer el justo? Pero estamos levantados sobre la piedra angular y la roca firme. ¡Que no se ahogue, Señor, el Evangelio y la misión que dan razón de ser a la Iglesia! Que no se ahoguen entre las aguas de nuestras infidelidades. Que tu poder para cambiar nuestros corazones de piedra en corazones de carne nos permita, Señor, acoger la salvación que por el Evangelio y la misión de la Iglesia nos llega y nos rescata.

Mira hoy a tu pueblo en oración, con las manos levantadas hacia Ti para implorar la PAZ para la Humanidad de tus hijos. Tu siervo, el Papa Juan Pablo, ha querido invitar a orar en Asís a los ministros y jefes de todos cuantos en la tierra te adoran y te confiesan Señor de la vida. ¿No vas a escuchar la plegaria de cuantos confesamos tu nombre y nos dirigimos a Ti como a quien puede darnos la PAZ y con ella la vida?

No mires nuestros pecados, Señor, sino la fe de tu Iglesia y, más allá de nuestras divisiones, llévanos a la unidad consumada, condición de la armonía perfecta que es la PAZ. Porque Tú has prometido la PAZ como don escatológico y salvífico; y en la sangre de tu Hijo has puesto el fundamento de ella y la garantía definitiva de tu irrevocable compromiso con el mundo de los hombres.

Creemos con todas nuestras fuerzas que no nos abandonarás jamás. Los hombres podrán ser infieles, pero Tú permaneces

cerás siempre fiel a los hombres. Y ya no habrá más odios y enemistades, ni guerras y aflicción, ni alarma en nuestras plazas. Ya no se ahogará la vida de los que has llamado a la existencia en el vientre de su madre; ni se quemarán las hojas verdes e irisadas de los árboles; ni se manchará la tersa pureza de la atmósfera que nos permita respirar, limpios del lucro y de la enfermedad que acumulan los cielos con polución de nuestras ciudades, desarrolladas e indiferentes ante la pobreza y el atraso de las poblaciones hacinadas de los pobres de la tierra.

Henos aquí, Señor, ante Tí para implorar tu perdón y tu gracia, y con ellos el don de tu PAZ. Danos la paz del corazón y la conciencia, fuente de una vida reconciliada. Haznos ver el rostro de tu Hijo en el prójimo que has declarado hermano nuestro. ¡Que nunca tengas que preguntarnos por la ausencia de este hermano!

Danos tu Santo Espíritu con sus santos dones y carismas, para que por ellos se articule la vida sobre la tierra como pueblo nuevo y Humanidad renacida. Que tu Iglesia, Señor, Casa del Espíritu y Cuerpo de tu Hijo sea el Sacramento de la unidad del género humano y el hogar abierto a la llegada de los hombres y los pueblos.

Haz, Señor, que por la predicación del Evangelio los hombres confiesen la divinidad de tu Hijo y, acogiéndose a Tí como Padre, te alaben por tu misericordia y ternura. Nada odias de cuanto has hecho y todo lo sostienes con el hálito de tu Espíritu.

¡A Tí la gloria por siempre en la Iglesia y en el mundo, por Jesucristo tu Hijo, Nuestro Señor, que contigo vive y reina en la unidad del Espíritu Santo, y es Dios, por los siglos de los siglos! Amén.

En la Capilla universitaria de la Pontificia salmantina,
el 27 de Octubre de 1986.